

# PAPIRO

Día 3

## Rumbo a Egipto

*Londres - Inglaterra.*

La luz de la luna se filtraba a través de la ventana, pero Amy no la veía. Hundida en la almohada, sollozaba. Aún no amanecía y ya había estallado en llanto. La incertidumbre la golpeaba más fuerte que la pesadez de su cuerpo. No podía dormir y, agobiada, dudaba del paso que iba a dar ese día.

Sabía que era hora de partir. Se limpió la cara, pequeña y redonda, que parecía ocultarse en su larga cabellera, haciéndola verse más joven de lo que era. Esto le disgustaba sobremanera y, en ocasiones, la enfurecía, sobre todo cuando escuchaba comentarios que se referían a ella como 'una chica rara'. A pesar de su porte elegante, su inseguridad la volvía tímida ante los extraños.

Si bien era algo que ya esperaba, al enterarse de que formaría parte de la segunda expedición a Egipto, se preguntó si sería capaz de alejarse de casa y enfrentar, sola, los peligros de la misteriosa tierra de los faraones. No era una respuesta fácil. En otras ocasiones había fantaseado con ser la heroína de su propia novela romántica, pero esta vez todo era real.

Tomó la pequeña pirámide de madera, tallada a escala, y empezó a frotarla. Era una especie de ritual que la ayudaba a concentrarse y a combatir el estrés. Necesitaba tranquilizarse cuanto antes. Su semblante se suavizó al evocar el día en que su padre se la regaló, justo en su undécimo cumpleaños. En aquella época, su mundo era simple, seguro. Ahora... debía enfrentar la verdad.

Desde muy joven se sintió atraída por la Arqueología, una profesión que, como tantas otras, estaba dominada por los hombres. Esto significaba que ser mujer y arqueóloga era una combinación que causaba recelo, incluso entre las mujeres. Eso a ella nunca le importó y, en lugar de detenerla, la motivó a duplicar sus esfuerzos. Ahora, como profesional recién graduada con honores de la Universidad de Londres, especializada en tumbas y enterramientos en Saqqara y el Valle de los Reyes, Amy estaba por iniciar su sueño.

La voz de su madre la regresó al presente:

—Amy, ¿ya empacaste todo? —le dijo con voz estresada.

Ferdy, su padre, al escuchar esto, apagó apresurado su cigarrillo y contestó:

—Por amor de Dios, déjala. Ya no es una niña —dijo, al tiempo que tosía y cerraba de golpe el periódico en el que se anunciaba el gran viaje.

Amy bajó saltando los peldaños de la escalera mientras el humo del cigarro se dispersaba en el aire, y se unió a ellos en la sala.

—Sí, ya tengo todo preparado —contestó con un leve temblor en la voz y la mirada fija en su madre.

Su padre, con tono entre orden y consejo, le recalcó:

—No desaproveches esta oportunidad única, Amy —agregó—. Recuerda que muy pocas mujeres se han destacado en la arqueología, y varias de las que lo hicieron fue porque se casaron con un colega.

Escuchar esto fue para Amy como recibir una bofetada de la persona que más quería y respetaba, por lo que no contestó; solo se llevó la mano cerrada en forma de cruz a la boca y afirmó:

—¡Juro que haré lo necesario para triunfar, salvo casarme con un colega!

Horas después, tras despedirse de sus padres, se dirigió al punto de reunión de la expedición. Mientras caminaba, sintió una mirada en la nuca. Se giró, pero solo vio la calle vacía, iluminada por los faroles de Londres. Tal vez eran los nervios... o tal vez algo más.

Al llegar al lugar de reunión se percató de que era la única mujer y, nerviosa, tomó el lápiz labial, se retocó los labios y volteó a todos lados buscando alguna cara conocida.

El desconcierto de Amy era tan evidente que un distinguido caballero que presencié la escena se acercó a ella, seguro de sí mismo.

—Permítame presentarme —dijo, extendiendo su mano para saludarla—. Soy el Dr. Daryl Lacroix.

En ese momento, Amy lo reconoció. Su pecho se agitó y el nerviosismo se apoderó de ella. Sintió que su cuerpo se estremecía y se reconfortaba a la vez, sin saber por qué. Su inexperiencia en asuntos amorosos la ponía en desventaja; le resultaba difícil disimular su interés.

—Mucho gusto —contestó Amy, recordando que Daryl se volvió famoso por haber ascendido rápidamente en la jerarquía del profesorado de la Universidad de Arqueología y Egiptología de Londres, convirtiéndose en el catedrático más joven.

—¿Te puedo tutear? —preguntó Daryl al notar la duda en el rostro de Amy.

—Claro —respondió ella, desviando la mirada con un leve rubor—. Nos vemos en un rato.

Después de acomodar sus pertenencias, Amy salió a la cubierta para tomar aire. Ahí estaba Daryl, apoyado en la barandilla. El sol del atardecer teñía el cielo de colores vibrantes y varias gaviotas volaban en círculos, como despidiéndose de ellos, perdiéndose a lo lejos mientras el barco se mecía con suavidad al compás de las olas y el aroma salino impregnaba el aire.

A lo lejos, las luces de la costa se desvanecían poco a poco, como si su antigua vida quedara atrás con cada metro de distancia. Por un instante, las lágrimas amenazaron con traicionarla, pero se sobrepuso de inmediato al notar la mirada de Daryl. Él dudaba sobre cómo iniciar la conversación, así que preguntó:

—¿Cuál es tu especialidad, Amy?

—Me he enfocado en tumbas y sarcófagos —respondió ella—. ¿Y tú, Daryl? ¿Qué te trae a esta expedición?

—Fui invitado para buscar la tumba de Amenhotep I, pero hay un objetivo aún más importante: el Papiro Sermy —explicó Daryl—. Dicen que los papiros que revelan demasiadas verdades no suelen llegar a los museos... o a manos de los arqueólogos que los descubren.

—¡Ah, sí! He oído hablar de él. Se cree que contiene la fórmula de las sustancias que se impregnan en los sarcófagos, ¿verdad? —preguntó Amy con curiosidad.

—Sí —respondió Daryl; hizo una pausa y continuó—: Esta expedición tiene muchos retos. Me alegra saber que estaremos juntos —afirmó con énfasis, buscando su mirada.

Amy se sonrojó y agradeció el cumplido. Continuaron charlando y su interés por conocerse fue en aumento a medida que se acercaba la hora de la cena, por lo que se miraron, sintiendo una chispa de complicidad que los invitaba a seguir conversando. Sin planearlo, se levantaron y sus manos rozaron entre sí cuando se dirigían al restaurante.

Poco después de brindar con champán, la noche los alcanzó mientras se conocían. Sonriendo, celebraban su encuentro cuando escucharon:

—Queridos amigos, los invitamos esta noche a la cena de bienvenida —dijo el capitán del barco, dirigiéndose a los pasajeros a través del altavoz.

Amy aprovechó este momento para despedirse. Antes de dirigirse a su camarote, fue por algunos bocadillos y mientras cenaba revisó su plan para obtener el papiro. Conseguirlo garantizaría su renombre como arqueóloga y, lo más importante, salvaría a su padre del envenenamiento contraído en las tumbas de Saqqara, cuando lideró la primera expedición a Egipto como arqueólogo en jefe.

—¿Es atracción? —se preguntó mientras se ponía la ropa de dormir. No podía negar que Daryl le resultaba fascinante. Pero había algo más... una sensación extraña, casi como si se conocieran de antes. ¿Acaso él también lo sentía?

Aún era muy pronto para saberlo. Lo importante era que ya no estaba sola; su plan comenzaba a funcionar y mañana daría un paso que la acercaría más al Papiro Sermý. Trémula de emoción, se recostó para acortar la noche porque le urgía que amaneciera.

Mientras Amy se sumía en sus pensamientos, en el camarote contiguo viajaba Celia Romano, experta en papiros, enviada con urgencia por el Vaticano para reforzar su propia expedición. Era imprescindible encontrar el Sermý antes que los demás y destruirlo. El rumor era perturbador: el doctor Nafir había encontrado un papiro. Si era el Sermý y contenía revelaciones sobre el nacimiento de Cristo, la Iglesia no tendría más opción que reescribir su historia... con consecuencias incalculables para la fe.

Celia releyó la misiva oficial del Vaticano. Su pulso se aceleró. La orden era clara, pero su conciencia se resistía a aceptarla. Un nudo le oprimió el pecho. Cerró los ojos y murmuró: «Ayúdame», mientras su mirada se desviaba fugazmente hacia la medalla de la Virgen María en un silencioso ruego.

Las dos jóvenes, aún desconocidas, serían rivales en un mismo juego de estrategia. Más que su conocimiento, su astucia decidiría quién saldría vencedora. El destino de ambas estaba por cruzarse. Pronto, sus miradas se encontrarían en las arenas de Egipto. A partir de ese día, nada volvería a ser igual.

Daryl tenía su propia misión. No era un investigador cualquiera. Su benefactor le había ordenado cortejar a Amy e infiltrarse en su expedición. Pero no contaba con un obstáculo inesperado: ella ya no era solo un objetivo. Después de conocerla, se había convertido en una fascinante tentación. Aun así, ¿seguirá con la mentira?